

La ciudad, la voz y el alma

Gaspere de Fiore

Sumario

Con cuatro sugerentes dibujos, realizados por el autor al hilo de sus palabras, se intenta dar una idea de la poesía de la ciudad de Roma, siempre evocadora de recuerdos y sugerencias. Realizados los dibujos a los compases de la música de Albinoni, su autor ha querido encarnar en ellos el Romanticismo y una cierta sombría nostalgia de la Ciudad Eterna y la conmovedora presencia de sus rimas milenarias.¹

1. Intervención del profesor Gaspere de Fiore durante el Congreso Internacional, "La representación de la ciudad", que tuvo lugar en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Navarra en Mayo de 1996.

Los dibujos originales, ejecutados por el profesor de Fiore durante su intervención en el Congreso mencionado, miden dos metros por uno y están realizados a pastel en colores sepia, azul, sanguina y negro.



Me pregunto: ¿se puede representar la ciudad? Y, si se puede, ¿cómo? ¿A través de qué procedimientos y de qué métodos? En las planimetrías, en las cartografías, en las axonometrías, en las vistas panorámicas, quizá ¿como las de Toledo del Greco? ¿Se puede representar la ciudad en el momento en que nace, se desarrolla, crece, hasta sofocar el centro histórico con las horribles periferias? Sobre todo, ¿se puede representar y expresar el espíritu de la ciudad, el que más cuenta, su ser "esa" ciudad, el carácter, el color, el olor, el alma, los silencios...?

Me pregunto todo esto, mientras, apoyado en el parapeto del puente de Castel S. Angelo, observo el agua del Tíber fluir lenta entre los altos muros.

"¿Soy capaz yo, que vivo en Roma desde siempre, de dibujar la ciudad, de representar mi ciudad?" Entonces, pensando en su imagen y en su representación, he decidido recorrerla a pie siguiendo el curso del Tíber que la atraviesa como una saeta, desde el puente Milvio, donde vivo, hasta el puente S. Angelo, donde ahora, desde el parapeto, observo los remolinos del río y recuerdo... Y veo reflejadas en el río las muchas imágenes de las muchas ciudades que he dibujado durante mis viajes.

En el álbum de dibujo que llevo siempre, he intentado fijar con rasgos rápidos las imágenes más significativas, las que más me impresionaban de las ciudades que visitaba, Berlín, Atenas, Estambul, Dresda, Singapur, Mosca, en Egipto, en Bali. Y los apuntes de viaje se han transformado en apuntes de un viaje, del viaje de mi vida a través de los países como a través de los años.

Mientras leo de nuevo mis dibujos, mientras pasan sobre la película del río las imágenes lejanas, vuelvo a ver, siento pasar los años de la vida, que se van como el agua bajo los arcos del puente, sin regreso ... sin añoranzas.

¿Cuánto tiempo ha pasado mientras, absorto en los recuerdos, miro y siento fluir el agua y el tiempo? Un minuto, una hora, no sé ... Miro a mi alrededor: el puente está desierto y en el aire quieto, de improviso, ha descendido un misterioso silencio. Es la hora del crepúsculo.

El aire otoñal en Roma es tierno y embriagante, y un viento ligero susurra voces lejanas y misteriosas: es el aire maravilloso de los momentos que unen y dividen el día de la noche, cosiendo los hilos del crepúsculo.

Fascinado por la atmósfera, por los colores, por los perfumes, por el silencio, levanto los ojos y miro a los ángeles que llevan los instrumentos de la Pasión de Jesús, confundidos en los pliegues ondulantes de las vestiduras barrocas ... En el cielo fluctúan las gaviotas que llegan desde el mar a lo largo del río, las nubes corren rápidas demudando del azul al rosa, al violeta ... Mientras procedo lentamente sobre el puente hacia Castel S. Angelo, entre los ángeles que parecen moverse en el aire mágico de



Roma, de repente siento un soplo que me roza y "siento" que alguien ahora está a mi lado. Oigo como un murmullo de alas, no veo "su" sombra sobre el adoquinado y tengo miedo de girarme; ¿hay alguien a mi lado o es solamente un sueño? ¿Quién me guía, ahora, hacia la plaza de San Pedro que se abre allá, a poca distancia? ...

La plaza parece una única pila inmensa por las fontanas empenachadas en el silencio irreal que las envuelve. Avanzo lentamente: el espacio parece dilatarse y el columnado allá al fondo aparece siempre lejano; pruebo a apretar el paso, pero inútilmente, la plaza aparece sin límites y yo permanezco siempre en el centro.

Fascinado por el nuevo espectáculo, al principio no consigo ver bien algo que, poco a poco, lentamente, parece temblar en el aire; las nubes, corriendo en el cielo pasan veloces detrás de las estatuas de los Santos que puntean la balaustra del columnado; parece que el viento agite esas túnicas y que los personajes intenten resistirle envolviéndose en los pliegues.

Entonces, en el viento que agitaba las capas y revolvía las cabelleras, yo vi, estaba cierto, que aquellos personajes se movían. ¿Vivían? En la sombra de la tarde, uno tras otro, los Santos bajaban a la plaza desde lo alto de la balaustra, las capas hinchadas por el viento del otoño, palpitanes del alma de la ciudad.

Parecían copos de una nevada sobrenatural; y yo vi las figuras el cielo apoyarse ligerísimas, en la tierra y enlazar entre ellas un fantástico rito, de murmullos y de gestos solemnes. La hora, la luz, la atmósfera, el silencio, todo pertenecía al infinito; en aquella hora los Santos volvían a la tierra, y yo era el espectador involuntario de un milagro que sólo en Roma, en una plaza como aquélla, en el silencio misterioso, en la atmósfera encantada, podía suceder.

Hubiera querido acercarme, quería moverme y no lo conseguía como si estuviese enclavado en el suelo. Luego, de improviso, me di cuenta de que la sombra de la nube que me envolvía estaba alejándose; el reflejo de la luna se acercaba a mi ángulo y yo, inmóvil, no podía huírle.

Mientras las nubes parecían enloquecidas, mientras los surtidores de las fontanas, movidos por un soplo más violento, parecía como si quisieran pulverizarse al infinito, mientras el viento parecía traer de las cuerdas de una inmensa arpa un sonido fantástico, en un momento la plaza quedó completamente iluminada.

Liberado del encantamiento, no tuve tiempo de girarme, no tuve tiempo de correr hacia Ellos; intuí como un batir de alas, un vuelo de cien mil palomas liberadas de improviso. En un momento todo volvió como antes: el rumor del agua, el cielo negro de nubes, las luces ya fuertes en la oscuridad de la noche, las estatuas de la balaustra quietas en el viento.

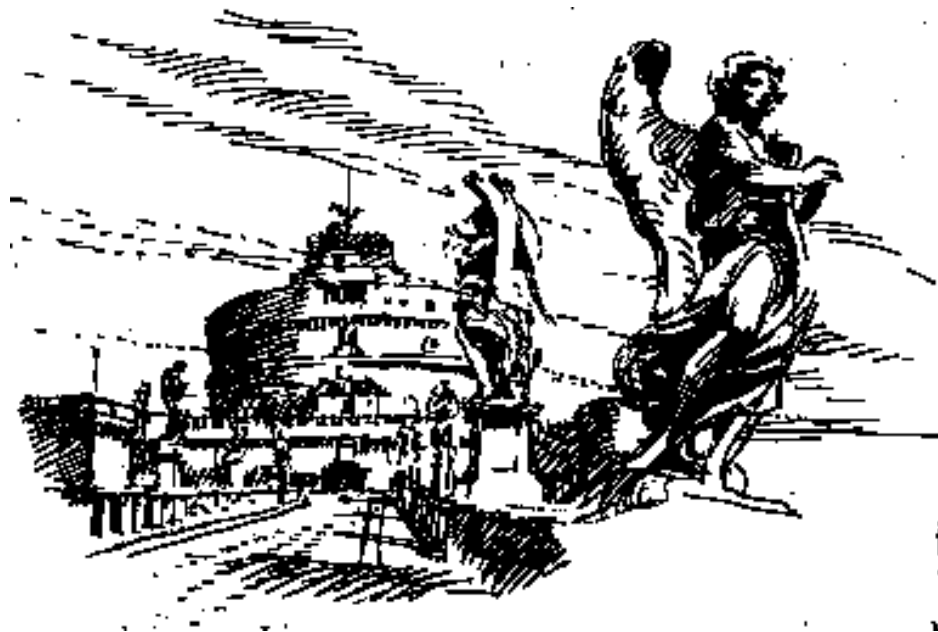
Pero en el aire quedó una especie de estremecimiento. El estremecimiento que había atravesado la plaza era el alma de Roma.

Me encontré solo; en el adoquinado mojado por las salpicaduras de las fontanas ya no había nadie: solamente yo atravesaba la plaza en el aire húmedo de la lluvia ya cercana.



Gaspere de Fiore durante su intervención





Un largo relámpago puso lívido el cielo, un trueno anunció las primeras gotas de lluvia; atravesé la plaza y seguí caminando en el viento que se llevaba sueños y recuerdos ...

No costó mucho llegar a la plaza del Gianicolo a poca distancia, asomado a la ciudad. Roma dormía a los pies de la colina. Sobre la ciudad triunfaban los perfiles de las cúpulas; las de las muchas iglesias, la de espiral de San Ivo, la achatada del Pantheon, la de San Carlos, la del Jesús, grandes y pequeñas ... ¿Cuántas? Aquella noche parecían infinitas.

De repente, en el silencio absoluto de la noche, me pareció oír un suspiro, un respiro lento y profundo. Parecía que la luna se hubiese quitado las vendas y flotase en el cielo. Cada vez más claro y presente se oía ahora el respiro profundo que me había parecido oír poco antes: era la voz de la ciudad. Aquella voz afligida que subía al cielo en la noche de verano, era la voz de cien, mil invocaciones.

Aquella no era la voz que había oído en la periferia; entre las casas altísimas, en las calles llenas de gente, había escuchado el rumor, clarísimo de la vida; un bisbiseo que parecía el de una enorme colmena, hecho por miles de personas que corrían, que se afanaban, apretados en las casas como sardinas en lata.

No era el rumor que había oído cuando la ciudad se despertaba, subiendo al Gianicolo, una mañana de Abril, cuando los primeros rayos de sol desprenden de los árboles las gasas sutiles de las nieblas nocturnas; de la ciudad entibiada por el primer sol subía entonces el murmullo tranquilo de la vida que volvía a empezar tras la pausa nocturna.

No era la voz ronca e iracunda de la ciudad invadida por los motores, trastornada por el tráfico, por la prisa, por el atropellamiento; una vez que a voces parecía un grito, tenebroso y rugiente, y era el ruido de la civilización; el jadear de los coches, el derrumbamiento de las casas demolidas, el lamento de las fábricas, el ansia de los hombres.

Aquella noche, la voz era diferente.

Apoyado en el muro que se asomaba sobre la ciudad adormecida sentía finalmente que estaban para desaparecer los últimos diafragmas que me separaban de su alma; sentía que estaba para entrar hasta el fondo de su destino, para penetrar en los ángulos cerrados, en la sombra de las iglesias junto a los ángeles y a los Santos de piedra, junto a los peregrinos y a los pecadores de rodillas.

Lentamente empezaba a distinguir el significado de aquel sonido: minuto tras minuto, no era ya un eco indistinto que palpitaba en el infinito, sino un mar de palabras, un manojo de plegarias. Eran las plegarias que cada cúpula alzaba a las nubes, una voz inmensa, la voz de todas las cúpulas que mandaban al cielo las invocaciones de un día de la vida.

La voz que subía desde las cúpulas era el respiro de Roma.

Mientras el primer sol iluminaba el cielo, volví a la calle y lentamente abrí los ojos de nuevo sobre los remolinos de agua del río que fluía bajo los arcos del puente de S. Angelo ... ¿Había vuelto o no me había movido nunca? Aquellos ángeles, los Santos, las cúpulas, el viento, las plegarias, los he visto y oído realmente o he soñado?

Y ahora, dibujando mi ciudad, Castel S. Angelo, plaza San Pedro, el panorama de Roma desde el Gianicolo, las cúpulas que respiran, me pregunto: "¿Es ésta la representación de la ciudad? ¿Es la representación de un sueño?" Pues sí, quizá sea ésta la representación, sea ésta la ciudad porque ésta es su alma, su respiro, ésta su voz, hecha de plegarias y de esperanzas, porque ésta es la vida.

Me viene a la memoria Calderón de La Barca, oigo de nuevo sus palabras y me pregunto: "¿Qué es la vida? ¿Qué es pues la vida? Un delirio. ¿Qué es pues la vida? Una ilusión, una sombra, una ficción. Y el bien más grande es pequeño, porque toda la vida es un sueño, y los sueños, sueños son ... ¿Por qué os maravilláis? ¿Os asombráis? Mi maestro fue un sueño, y todavía estoy en ansia por miedo a despertarme y encontrarme de nuevo otra vez encerrado en mi cárcel. Y aunque no suceda me basta solamente soñarlo, para saber de este modo que toda la felicidad humana al final pasa como un sueño; así que hoy quiero aprovechar, mientras dura, para pedir os perdón por nuestros errores, sabiendo muy bien que el perdón es la virtud de los espíritus nobles".

